

LA DEFENSA

Semanario político y de intereses generales

Precio de suscripción: 1'50 pesetas trimestre.

Dirección y Redacción: Cuesta de Lucías, núm. 6.

Errores graves

Suponer que uno solo de los modestos trabajos que han visto la luz pública en LA DEFENSA, haya sido inspirado por mezquinas pasiones personales, es injuriarnos y no conocernos.

Muchas veces se han visto alusiones donde no las había, y hasta se han supuesto donde no podía haberlas.

Si sintiéramos ese odio de que algunos nos creen animados, otro sería nuestro lenguaje, y otras nuestras acusaciones. Bien pudiéramos saciar ese rencor, que no sentimos, sin miedo á que pudiera nadie tacharnos de calumniadores; pero en vez de mirar al pasado miramos al porvenir, y solo cuando los recuerdos encierran una lección provechosa y necesaria, los evocamos, para prevenir al pueblo, presentando hechos y personas, tales como los da á conocer su historia y no como se presentan á la vista.

Provocados hemos sido hasta el punto de querer hacer pasar por crímenes sencillas narraciones de hechos que teníamos el ineludible deber de hacer públicos, y hemos procurado suavizar nuestras palabras y huir de calificaciones que pudieran resultar demasiado duras.

¡Odio! ¿Por qué?

¿Quién culpa al tigre de ser sanguinario, á la víbora porque es venenosa ó á la mosca por ser molesta?

Así los hizo la naturaleza, y así permanecen. No son susceptibles de modificar su modo de ser y no lo modifican.

Y conste que la comparación no significa que creamos que existan entre nosotros hombres crueles como tigres ó nocivos como víboras.

No: la comparación solo se refiere á lo que hay de permanente y no susceptible de perfeccionamiento en ciertas naturalezas.

Ni odio, ni temor.

Emprendimos la marcha pensando llegar á donde llegaremos por más obstáculos que se nos susciten; pero llegaremos paso á paso sin precipitarnos; pero también sin interrumpir nuestra marcha.

No nos mueve la ambición personal en lo que esta pasión tiene de censurable, porque la ambición que sentimos es la nobilísima de hacer que nuestro pueblo disfrute la prosperidad que merece, y vivan sus habitantes con la paz y el sosiego á que tienen derecho.

¿Cuándo hemos negado un aplauso al que se ha hecho acreedor á él? ¿Cuándo se ha denunciado un abuso sin que nos hagamos eco de la queja?

Hemos cumplido nuestros deberes y seguiremos cumpliéndolos; pero ni ahora ni nunca obedeceremos al impulso que quisieran darnos los que jamás luchan frente á frente y nos lastima que presten oídos á cantos de sirena algunos de nuestros amigos, que no comprenden, porque no meditan sobre ellos, que nuestros actos no obedecen á otra cosa que al deseo de favorecer siempre á todos, y muy especialmente á los que nos siguen.

Tengan fé en nosotros y no juzguen sin meditar profundamente, antes de formular juicios, que han de ser forzosamente erróneos, no siendo hijos de la reflexión.

Una sola consideración debe bastar á nuestros amigos para aprobar nuestra conducta, y es que desagrada á los que nos hacen la guerra.

Hagámosla en enhorabuena; pero no con nuestras propias armas, esgrimamos las suyas, si saben y pueden, y convézanse que cuando ellos emprenden un camino estamos nosotros de vuelta.

Basta con lo dicho para los que nos dispensan su amistad; los demás ya se irán convenciendo que con nosotros no valen diplomacias de bajo vuelo.

Los guitarristas

Son unos apreciables artistas que por una módica cantidad, mil pesetas por ejemplo, proporcionan á una familia los medios de hacerse un capital en poco tiempo, con poco trabajo y sin ningún riesgo.

—¿Ve usted esta caja? Pues no hay más que echar por este agujero plomo fundido y salen hermosos duros de plata de ley calentitos y brillantes por este otro.

Los individuos de la familia á que se propone el negocio sonrien desdeñosamente como diciendo:

—Y si eso es así, ¿por qué se deshace usted de la máquina?

Esta objeción está prevista.

—Yo vendo el aparato—dice el constructor—porque lo mismo que he hecho esta hago cuantas quiera. ¿Si yo fuera á decir á cuántos ex-ministros he puesto ricos vendiéndoles máquinas! Y acerca de la perfección del artefacto no hay que hablar; entre amigos con verlo basta.

Manda traer plomo, y como no lo hay en casa, funden una pesa de un reloj, que proporciona un vecino, dispuesto á interesarse en el negocio, y el plomo hecho caldo entra en la caja. A poco rato, y por un agujero *ad hoc*, salen uno detrás de otro, un puñado de duros de la *tía sentá*, vulgo de la república, cuya bondad se reconoce mandándolos á cambiarse por comestibles, bebestibles y combustibles estancados.